

gloria, pasea sus miradas por todo el Universo, registra los pasados y futuros siglos, que han de conducir hasta la eternidad los humildes tributos de adoracion, de reconocimiento y de amor, los inflamados votos de todos los hombres, las virtudes de todos los justos, el culto magnífico de todos los pueblos, el santo vasallaje de todas las generaciones. A su presencia huyen medrosas las tinieblas que habian cobijado la tierra, disipadas por el esplendor divino que sale de su Cruz; bajan hasta el abismo los infames restos de la idolatría, y descuellan los inexpugnables muros del nuevo templo: la figura cede el campo á la realidad, y sobre el antiguo pavimento de la sinagoga se levanta el Tabernáculo augusto que ha de habitar en persona el Hijo de Dios vivo.

Esa Cruz es el trono del mundo; esa corona de espinas es la única diadema; esas llagas son otros tantos monumentos de inmortal victoria; la eterna Magestad de los cielos consagra en el culto sublime de los ángeles y de los hombres ese aparato fúnebre, esa urna de dolor. ¡Criaturas todas, reconoced á vuestro soberano! ¡Cielos, inclináoos á su presencia! ¡Postráoos delante de él vosotros todos los que ocupáis la tierra! ¡Estremecéos al escuchar su nombre, potestades vencidas que habitáis en las eternas llamas! “Que al nombre de Jesus, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos.”

Redentor del mundo, nosotros nos postramos delante de vos, para rendiros en vuestras aras el culto solemne de nuestra admiracion y de nuestra gratitud. Hombre-Dios, á vos pertenecen todos los homenajes: Dueño sois de todos los beneficios que el Universo disfruta; de la verdad que nos ilustra, de la virtud que nos santifica, de la Iglesia que nos conduce, que nos sostiene y que nos salva: vuestro es el poder, vuestra la divinidad, vuestra la sabiduría, la grandeza y la gloria. ¡Bendicion, claridad, accion de gracias á Vos, honra y culto sin fin á Vos, Rey eterno de los ángeles y de los hombres! Que á vuestro nombre, pues, se postre el Universo; que todos los pueblos os escuchen como al Autor supremo de la verdad; que todos los hombres os veneren como al modelo divino y único de la virtud; que todos los reyes pongan el cetro y la diadema á los piés de vuestra Magestad; y que nosotros, ¡oh Jesus! permanezcamos firmes en la profesion de nuestra fe, que no aspiremos nunca sino á la gloria y á las santas delicias de vuestra Cruz, y que despues de haber permanecido fieles en la milicia de vuestro reino, recibamos de vos mismo en la triunfante Jerusalem la corona de inmortalidad que habéis prometido á la constancia heroica de los justos.

SERMON

SOBRE

LA PASION DEL SEÑOR

CONSIDERADA

COMO UN MISTERIO.

Nos autem predicamus Christum crucifixum: judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.

Nosotros predicamos á Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos, y locura para los gentiles.

I Cor. Cap. I, v. 23.

Si la historia de la Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, hermanos míos, en clase de tal, tiene cuanta claridad pudiera apeteerse, pues los hechos que en ella se relatan son de aquellos que hablan altamente á los sentidos; el pensamiento simple á que se refiere toda, reducido á esta expresion: “Dios padeció y murió,” es una cosa tan alta, tan superior á la razon humana, que desde el principio mismo de predicarse á los pueblos produjo una inmensa revolucion en la tierra. El mundo, demasiado torpe y carnal para elevarse desde luego hasta la altura de un designio tan sublime, mostró de mil maneras su incredulidad, su indiferencia y aun su encono hácia este dogma sagrado, que habia de ser el fundamento solidísimo de la religion católica, y la fuente única de la gracia. Hallábase compuesto, como sabéis, cuando Jesucristo apareció en él y desempeñó hasta consumarla su mision divina, de dos clases mui diversas relativamente al culto divino, conviene á saber: la de los gentiles y la del pueblo judío. Este, como depositario de las promesas, de las profecías y de las tradiciones verdaderas, cus-

todo de los Libros Sagrados y ascendiente del Mesías según la carne, se presentaba como el poseedor único de la revelación, pues lo era en verdad; pero ciego y endurecido para reconocer en Jesucristo al Redentor que esperaba la humanidad, y moverse con la perfección de su doctrina, las maravillas de su poder y la santidad de su vida, no solo no quiso creer en él, sino que se adelantó á perseguirle, tramó su muerte y la obtuvo de un magistrado gentil. Como Jesús se había manifestado bajo las apariencias más humildes, pobre, desvalido, ignorado, y no con la pompa régia del siglo, que ellos aguardaban, le tuvieron desde luego como un impostor, y aquella Cruz consagrada con su cuerpo, y aquella Pasión dolorosa y santa, y aquella crucifixión que había hecho estremecer á la misma naturaleza, fueron para él un objeto de escándalo. Entre tanto los gentiles, que no admitían otra luz que la de la razón, y cuyo culto era el de las pasiones y el de la idolatría, miraron el suceso del Calvario y la doctrina de la crucifixión como una extraña locura. Así respondieron entonces á nombre del mundo la hipocresía y la razón humana, proscribiendo á una, si bien con vário lenguaje, aquel grande acontecimiento que bajo el magisterio de los apóstoles había de cambiar muy pronto la faz de la tierra. Mas los apóstoles, primeros operarios del Salvador, en vez de arredrarse con una repulsa tan universal condenando al silencio los apodos lanzados contra la Cruz, los pusieron al frente de sus discursos, como unas víctimas que habían de sucumbir bajo el poder irresistible de la predicación evangélica. "Predicamos, decía Pablo, "predicamos á Jesucristo crucificado, escándalo para los judíos y extravagante locura para los gentiles." *Nos autem prædicamus Christum crucifixum: judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.*

Creyóse por de pronto estéril aquella predicación misteriosa: persistió el judío en escandalizarse, mientras el gentilismo, pasando del sarcasmo al odio, se encará frenético á la Cruz, levantando para destruirla, su brazo armado con el poder de los césares. Una lucha de tres siglos, sostenida con la fuerza invisible de la gracia por parte de los fieles, que morían por la Divinidad de la Víctima del Calvario, proclamando el triunfo de su Resurrección gloriosa, y por parte de los infieles, con todas las armas de las pasiones, de la inteligencia en sus extravíos, y del poder de los príncipes que habían jurado exterminar hasta los últimos recuerdos de la Cruz; esta lucha, digo, terminada con la conquista de los emperadores y de los sabios, rendidos ante las humillaciones de Jesucristo, puso á toda luz este dogma, reflejando hácia los hombres toda la sabiduría, toda la santidad y toda la bondad de un Dios. Voi, pues, católicos, á pre-

sentaros hoy este misterio como una prueba de ser todo él una obra divina: porque si estudiándole bien en su designio, en sus medios y en sus efectos, vemos aparecer los tres caracteres dichos, todos dirémos á una voz: "es un misterio, y debe serlo, porque la inteligencia humana es incapaz de sondear todo el pensamiento divino; pero en este misterio y al través de sus magestuosas tinieblas estamos viendo al Dios sabio que le concibe, al Dios santo que le ejecuta, al Dios bueno que le establece como una fuente perenne de virtud y de gloria." La Pasión de nuestro Señor Jesucristo, considerada en el pensamiento que la concibe, manifiesta la sabiduría infinita de un Dios: he aquí la primera verdad que voi á exponeros. La Pasión de nuestro Señor Jesucristo, considerada en sí misma, es decir: como un plan de reconciliación entre Dios y los hombres ya ejecutado, manifiesta en su carácter toda la santidad de un Dios: he aquí lo segundo que me propongo demostraros. La Pasión de nuestro Señor Jesucristo considerada en sus efectos, nos manifiesta la bondad infinita de un Dios: tal es el punto que reservo para dar fin á este discurso.

Esto es de tal magnitud, católicos, ocupa un lugar tan elevado en la gerarquía de los dogmas, que puede ser visto como el fundamento de nuestra Religión. Nada pues, más necesario, para conocerla en su fondo, que profundizar hasta donde lo permita nuestra limitación tan importantes verdades. Mas, ántes de proceder á tan piadoso ejercicio, paguemos el tributo de nuestra creencia y adoración á ese Madero santo, consagrado por el mismo Jesucristo, representante suyo en el culto de la piedad cristiana, balanza que pesa los destinos del mundo redimido, saludándole con la Santa Iglesia: *¡Oh Cruz ave, &c.*

PRIMERA PARTE.

He dicho, católicos, en primer lugar, que la Pasion de Cristo, en su pensamiento, en su designio, en sus causas, es un plan digno de la sabiduría de Dios, y agregaré ahora, para mayor fuerza, que es el mas digno que sin duda podia concebirse. ¿Por qué? por dos razones principales: primera, porque solo él podia concertar en la reconciliacion del hombre con su Dios todos los atributos divinos y todas las necesidades morales del género humano; segunda, porque esta Pasion y muerte de Jesucristo, Señor nuestro vino á dar toda su plenitud á la verdad. Si consideráis bien estos dos argumentos, veréis resplandecer la luz de la evidencia sobre el concepto que ellos prueban, y sin esfuerzo alguno tendréis que admirar en la Pasion del Señor la sabiduría de un Dios.

Nuestro manual catecismo provoca con dos de sus preguntas, dos respuestas que nos colocan con toda seguridad en el camino que ahora debemos recorrer. Como en el lenguaje de la fe puede y debe decirse que Dios padeció y murió, pregunta para ilustrar: "Siendo Dios inmortal, ¿cómo pudo morir?" Nada mas natural que esta pregunta en una razon que quiere ser dirigida por la fe: porque, teniendo aquella una evidencia de que Dios es impassible, ha menester de una luz sobrenatural para entender el dogma de un Dios que padece y muere. Esta luz resplandece toda en la siguiente respuesta de nuestro catecismo: "pórque junto con ser Dios era tambien hombre mortal." Hé aquí el dogma de la Encarnacion dando su luz á la razon humana. Pero no es esto bastante. La misma razon natural que ve la impassibilidad divina, conoce igualmente la Omnipotencia, se fija en su amplitud infinita de recursos y de medios, y no acertando á comprender, objeta: ¿cómo, pudiendo Dios llegar á su fin de salvar al hombre sin tan doloroso y extraño medio, quiso sin embargo de esto decidirse por él? El sabio catequista, formulando esta dificultad, pregunta, por lo mismo: "¿Pues sin morir no hubiera podido Dios hallar otro remedio?" y satisface á esta pregunta con esta sapientísima respuesta, en que se conciertan las luces de la ciencia con las tinieblas de la fe: "Sí; mas convínonos éste mas que otro ninguno." Hasta aquí nos deja nuestro catecismo; pero en un camino tan recto y plano, que para descubrir nuevos horizontes nos basta simplemente andarle. ¿Por qué, pues,

ha convenido este medio mas que otro ninguno? me diréis; y á esto os respondo: porque solo éste podia concertar perfectamente los atributos de Dios en su reconciliacion con la humanidad, y las necesidades de ésta en su carrera de lucha, perfeccion y merecimiento.

Sin perdernos con el pensamiento en las regiones insondables de la posibilidad divina, podremos fácilmente fijarnos, hermanos míos, en tres casos posibles, cuyo conjunto, en el orden de la humana razon, parece mostrar mui claramente la integridad del todo. Dios podia reconciliarse con el hombre de tres modos: primero, perdonándole sin exigirle satisfaccion ninguna; segundo, contentándose, para otorgar esta gracia, con una satisfaccion insuficiente á todas luces; tercero, exigiéndole una satisfaccion plena y perfecta, para perdonarle el pecado y reconciliarse con él volviéndole á su gracia. Escoged ahora, católicos, entre los tres planes. ¿Se decidía el Señor por el primero? Ejercitaba su misericordia, pero dejaba enteramente desairada su justicia. ¿Se decidía por el segundo? Su justicia quedaria casi lo mismo, pues ante lo infinito parecen confundirse y en cierto modo identificarse la limitacion y la nada: una satisfaccion impura, pues no podia dar otra la humanidad contaminada, una satisfaccion indigna, pues no es digno de Dios lo que no es santo, una satisfaccion limitada, pues el hombre lo es en todo para el bien, era lo mismo que nada para pagar aquella deuda infinita. Luego ninguno de estos casos podia concertar, en la reconciliacion del hombre con Dios, la misericordia y la justicia de Su Majestad. Demos un paso adelante. Supuesta la necesidad que para tal concierto habia de una satisfaccion infinita, claro es que no podia darla sino solo Dios; mas como una satisfaccion por la culpa debe ser un castigo de la culpa, Dios estaba en la alternativa, ó de proporcionar un castigo de infinito merecimiento, ó de dejar á la humanidad que con una eterna pena pagase á su justicia la deuda de la culpa. Este último extremo habria satisfecho á su justicia, pero dejando, por decirlo así, desairada é inactiva su misericordia, y por lo mismo le dió de mano, buscando, para poder ejercer su misericordia infinita perdonando á la humanidad, una víctima pura, santa, inmaculada, cuyos padecimientos pudiesen merecer infinitamente. Esta víctima no podia ser, como ya os he dicho, la sola humanidad, porque es impura, maldita y limitada, ni la sola Divinidad porque es impassible. Dios, pues, descenderá del cielo por nosotros los hombres y por nuestra salud, encarnará por obra de su Divino Espiritu en las entrañas de una Virgen, se hará hombre, padecerá en cuanto hombre y merecerá como Dios. Ved aquí, católicos, con qué caracteres tan espléndidos brilla en este plan toda

la sabiduría de un Dios. Jesucristo, muriendo por el hombre, inmoló en el altar del sacrificio á toda la humanidad, la inmoló sin la mas leve contaminacion, y con solo esto proporcionó una víctima que fuese humana sin la indignidad y contaminacion consiguiente al pecado. Ya sabéis que preparó á su Madre, eximiéndola del reato de la primera culpa. María, concebida en gracia desde el primer instante de su sér, nunca tocada por el yugo que pesaba sobre toda la humanidad, y ni un momento solo en la esclavitud del demonio, poseía ciertamente una carne purísima, una carne escogida, una carne preparada desde ántes de su sér, para que de ella pudiese tomar para sí el Verbo de Dios la naturaleza humana en su mas acrisolada limpieza y su mas alta perfeccion. Ved pues á toda la humanidad sin mancha en la Humanidad de Cristo, y pues que Cristo muere, ved en su sacrificio á toda la humanidad inocente, limpia y santa inmolada á la justicia del Padre por toda la humanidad pecadora, contaminada y maldita. Pero, aun con todo esto, si aquella humanidad no hubiera sido la de un Dios, la víctima no podría satisfacer á la Justicia divina, porque habria sido siempre una paga limitada de una deuda infinita; pero siendo la humanidad de un Dios, la paga es no solamente cumplida, sino á todas luces superabundante. ¿Por qué? porque, siendo la Santa Humanidad de Cristo capaz de un merecimiento infinito en todo, habríale bastado verter una sola lágrima, exhalar un solo suspiro de pena, para satisfacer á la Justicia divina la deuda infinita del pecado; y pues no quiso limitarse á esto, sino que se entregó á los horrores de la mas terrible pasion hasta morir en una cruz, claro es que su paga fué con usura, digámoslo así, superabundante y magnífica, digna perfectamente de un Dios. Hé aquí cómo la Pasion de Jesucristo nos ha dado á conocer la sabiduría infinita de Dios por el concierto que puso en todos sus atributos, especialmente en su justicia con su misericordia.

Pero si es cierto, como no cabe duda, que aun para satisfacer cumplidamente y concertar en la paga la justicia con la misericordia, bastaba que el Hombre-Dios hubiese vertido una gota de su sangre, una lágrima de sus ojos, y aun mostrado en un suspiro las penas de su corazon: ¿por qué quiso ser tan pródigo padeciendo tanto, sujetándose á la muerte, y una muerte de cruz? Si en el fondo de este misterio puedo, católicos, buscar alguna luz para daros á entender de algun modo el *por qué* de un sacrificio tan extremo y por otra parte no necesario para su principal objeto, que era el de satisfacer cumplidamente á la Justicia divina, os diré que en ello se interesaba toda la vida moral de la humanidad, como lo indiqué al

principio. Satisfaciendo Jesucristo por la culpa, no quiso eximirnos de pagar por nuestra parte; y por esto, preguntando nuestro manual catecismo: "¿Pues las penas de Jesucristo nuestro Señor no nos bastan?" responde: "Sí; mas quiere que satisfagamos con él nosotros." Esto supuesto, ya comprenderéis que la vida moral del cristiano es de abnegacion, de sacrificio y de virtud: por esto Jesucristo, señalando el camino que debiamos de andar para llegar á la posesion de su reino, dijo terminantemente: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz, y sígame." ¹ Ahora bien: si Jesucristo Señor nuestro, limitándose á una satisfaccion que á nuestros sentidos hubiera parecido pasajera, no nos hubiese dado el ejemplo de todo lo que mandó practicar á los hombres, éstos le habrian opuesto mil dificultades á su doctrina, habrian ereido impracticable su lei, se habrian formado una falsa conciencia y perdido casi todos á pesar de la Redencion. Mas, habiéndose sujetado Su Magestad á todas las penas terribilísimas é imponderables de su dolorosa Pasion; habiendo sido el primero en negarse á sí mismo, hasta el extremo de parecer el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe, como lo anunciaba el Profeta; el primero en carecer de todo amparo y socorro, trabajando desde niño con sus divínísimas manos en el taller de José para ganar el sustento; el primero en padecer desnudez y hambre; el primero en darse ántes de su Pasion á la mas rigurosa penitencia; el primero en dar el ejemplo, único en su género, de la tentacion que padeció; el primero en sufrir los desprecios, las burlas, y los ultrajes, en llorar lágrimas amargas, en sentir con los tormentos de su espíritu las agonias de la muerte ántes de comenzar su Pasion, y en el acto de ofrecerse á su Padre como víctima por el mundo, en aquel retirado huerto que dejó humedecido con su sangre; el primero en sufrir la traicion de un discípulo pérfido, la negacion de otro y el abandono de todos; el primero en ser el blanco de la sacrílega calumnia y la mas odiosa persecucion; el primero en oponer la mansedumbre del cordero al desenfreno de las turbas, á la rabia de los sacerdotes, á la iniquidad de sus jueces y al furor de sus verdugos: si Jesucristo, vuelvo á decir, se dejó abofetear, escupir, azotar, coronar como rei de burlas; si recibió en sus hombros y condujo hasta el Calvario en procesion dolorosa el instrumento de su suplicio; si permitió que le clavasen de piés y manos en él hasta hacerle morir, y aun despues de muerto, que la lanza de un verdugo abriese todavía su costado bendito. . . . ¿quién de todos los hombres hallará ni disculpas especiosas para el pecado,

1. Math. cap. XVI, v. 24.

que ha sido causa de tanto tormento, ni motivos contra la abnegacion mas completa, ni excusas para la cruz, ni razon alguna para no seguir su peregrinacion en el mundo andando el camino que el Redentor dejó señalado con sus dolorosos pasos? ¡Ah, católicos! es el hombre tan ciego, tan carnal, tan vendido á los placeres, tan propenso al delito, que habria sin duda esterilizado para sí mismo el beneficio infinito de su redencion, si ella no hubiera sido tan sangrienta. Por esto nuestro catecismo, declarando por qué, sin embargo de haber podido el Señor hallar otro camino para salvar al hombre, escogió el de morir, nos presenta semejante medio como el mas conveniente para nosotros, diciendo: "convínonos éste mas que otro ninguno." Si pues, tratándose de satisfacer á la Justicia divina, hubiera bastado un suspiro de Jesus; para que la humanidad entera pudiese aprovechar tan grande beneficio, era necesario el empleo de un remedio tan doloroso. Ahora bien, esta consecuencia práctica del sacrificio de Cristo en favor de los hombres muestra en alto grado á su sabiduría sirviendo con su plan de regeneracion á los designios de su misericordia.

Mas, no debemos detenernos aquí: porque esta Pasion y muerte nos demuestran la sabiduría infinita de un Dios, no solamente por el concierto de sus atributos divinos en la renovacion de su alianza con el hombre, y por su eficacia para afirmar los pasos de la humanidad en el camino de la virtud; sino tambien porque vino á dar toda su plenitud á la verdad.

Quando Jesucristo, Señor nuestro, preguntado por Pilato si era rei, despues de haberle contestado afirmativamente, añadió: "Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad," derramó sobre nosotros una espléndida luz que nos hace mirar su Pasion como la verdad en toda su plenitud y en toda su gloria. Dió testimonio, católicos, á la verdad histórica, uniendo esta página de su Pasion y muerte con la que enseña la creacion del mundo, el origen de la humanidad y la fuente del mal. Dió testimonio á la verdad religiosa, porque su sacrificio era el alma de la religion judía como lo es de la religion cristiana; pues por la fe en su venida y el anticipado mérito de su sacrificio se salvaron los justos de la Lei antigua, y por la fe de esta venida y la eficacia infinita de este sacrificio ya consumado se han salvado y salvarán todos los justos de la Lei nueva. Este sacrificio de Jesus era el figurado en el magnífico ceremonial de la Sinagoga; este sacrificio, que se renueva todos los dias en el altar cristiano, es la esencia del culto católico. Dió testimonio á la verdad moral, explicando con un hecho inmenso, cual fué su muerte en el Calvario, el origen

y el remedio del mal: aquel sacrificio volvió una luz refleja sobre los cuarenta siglos de la historia que habia pasado, para mostrar la primera culpa en toda su deformidad y en la vasta carrera de sus consecuencias desastrosas, y se presentaba por sí como el único antídoto de aquel veneno, y un preservativo eficaz para que, despues de regenerados por el Bautismo, pudiésemos librarnos todos de tan funesto contagio. Dió testimonio á la verdad profética, pues habiéndosele anunciado mucho ántes como el varon de dolores que cargaba sobre sus hombros los pecados del mundo, para inmolarse como víctima á la justicia de su Padre, su Pasion era el hecho esperado para ver cumplidas las profecías. Dió testimonio á su doctrina, haciendo palpable con ella la abnegacion, la penitencia y la vida del espíritu. ¡Veis pues, católicos, cuánto brilla en este sacrificio doloroso la sabiduría de un Dios! ¡Véis cómo solo ella pudo concebir y su omnipotencia ejecutar un plan de regeneracion en que se concertasen maravillosamente la justicia y la misericordia para salvar al mundo? ¡Veis la superabundancia de perfeccion de este plan puesta de bulto en su eficacia para proveer á nuestra vida moral? ¡Veis, por último, cómo tal sacrificio conduce la verdad hasta su mayor plenitud? Pues no nos detengamos aquí: considerémos el misterio en sus relaciones con la santidad infinita del Señor, y veamos hasta dónde se interesaba este divino atributo en aquella carrera de dolores.

SEGUNDA PARTE.

He dicho en segundo lugar, que el designio de Dios para salvar al mundo hizo resplandecer, al ser ejecutado, su santidad infinita; y ahora debo añadir, que proveyó de la manera mas propia y eficaz á establecer y conservar las mas grandes virtudes en la tierra. ¿Cómo hizo resplandecer de la manera mas brillante su santidad infinita? castigando en su propio Hijo con un rigor inconcebible todos los pecados del mundo. ¿Cómo robusteció la esperanza, afirmó y extendió el reinado de la virtud en la tierra? con la cumplida satisfaccion que el sacrificio de su Hijo dió á su justicia, la espléndida gloria con que le pagó el infinito agravio del pecado, y el estímulo eficazísimo y constante que puso con sus merecimientos á su clemencia y misericordia.

Y á la verdad, católicos, ¿qué manifestacion mas espléndida pu-

do habernos hecho de su infinita santidad el Señor, ni qué pintura mas verdadera, viva y espantosa de toda la gravedad del pecado, que castigarle en su propio Hijo, en el objeto eterno de sus complacencias, en el esplendor de su sabiduría y la imagen de su sustancia, con tan inflexible rigor como se manifiesta en la dolorosa Pasión de Jesucristo? Si este padecer, único en su especie, este sufrir sin tipo ni imitación, esta inocencia cargada con el terrible peso de los pecados del mundo, entregada sin piedad á todas las penas del espíritu, á todos los tormentos del cuerpo, á todo el furor de las pasiones desencadenadas, á todo el odio de los mas crueles é implacables enemigos, á todo el vilipendio y la ignominia que puede concebirse; si este Jesus, que es la santidad por esencia como verdadero Dios, el tipo de todas las virtudes como verdadero hombre, arrastrado vilmente por un sendero de tormentos inauditos desde el jardín de las olivas hasta las cumbres del Gólgota, clavado de piés y manos en la Cruz, muerto en medio de todos los baldones y rabiosa grita de sus verdugos, herido en su costado, aun despues de muerto, por la sed insaciable de sangre que devoraba á sus crueles enemigos; si esta víctima, sacrificada con tan inconcebible severidad, por solo haber aceptado como Redentor la deuda del pecado, no nos da una idea mas clara que cuanto vemos con nuestros ojos, un conocimiento mas perfecto que el de aquello que tocamos con nuestras propias manos, acerca de la santidad infinita del Sér por esencia, y de su horror inmenso, inexplicable y aun inconcebible al pecado, no veo, por cierto, católicos, ni en lo existente ni en lo posible nada que sea capaz de ilustrarnos acerca de ambas cosas.

Aunque todos los atributos divinos son, en verdad, absolutamente iguales en el hecho de ser todos infinitos, y no ser en la realidad sino el mismo Dios segun es considerado y le podemos contemplar nosotros con nuestra limitada mente, hai uno que podriamos llamar en cierto modo su atributo por excelencia: ¿cuál? su santidad. Este es el título con que quiere se le muestre en toda la majestad de su sér: este es el motivo que nos propone para inclinarnos á la virtud: esta es la razon altísima con que exige nuestras adoraciones. La santidad es la aureola de su imagen, el espíritu de su sér, el sello de sus obras, el motivo de su lei, el objeto de nuestra vocacion y el requisito de la felicidad. "El Señor es magnífico en santidad," dice Isafas; "Ninguno es santo como el Señor," leemos en el primer libro de los Reyes: "adorad al Señor, porque es santo," nos inculca el Profeta; y el mismo Dios nos dice, como vemos en el Levítico: "Sed santos, porque yo soi santo." El rasgo característico de la imagen de Dios en el hombre fué la santidad, y por lo mismo esta

bella imagen se borró casi del todo con el pecado. No nos pide que nos le asemejemos en sabiduría, ni en poder tampoco; lo único en que quiere le representemos todos, es en santidad. Y á tanto llega su amor, predileccion y preferencia en este punto, que aun aquel himno de gloria que sus escogidos le cantan en las alturas, versa exclusivamente sobre la santidad. ¡Santo, Santo, Santo! hé aquí el concierto magnífico que hace resonar los cielos incesantemente, que complace sobre todo al Rey eterno, y embriaga de placer á todos sus escogidos. Para San Ambrosio, la santidad encierra todas las perfecciones divinas, pues que de ellas es la razon, la prueba y el ornato. "Dios es feliz, porque es santo; es soberanamente feliz, porque es la santidad misma; es inmortal, porque es santo; es infinitamente sabio, porque es santo." "De esta suerte, concluye un sabio Doctor, "de solo la santidad sale la prueba de todos sus demás atributos." Si pues el pecado, católicos, hirió con gravedad infinita cada uno de estos atributos soberanos, como bien lo sabéis, es claro que la víctima inmolada, no en sí, porque Dios es impasible; pero sí objetivamente, intencionalmente por el pecado, fué la santidad de todo un Dios. Ella pues, exigia una reparacion igual á la ofensa; y en verdad que solamente podia dársela el sacrificio de un Hombre-Dios. Habia hecho Su Magestad lo bastante para dar á conocer á los hombres su santidad esencial, pues todo la predica en la creacion: el órden y concierto de todos los objetos del Universo, la inalterable y perpetua docilidad con que la naturaleza obedece sus leyes, las condiciones de la felicidad y los atractivos inefables de la virtud. Las simples luces de la razon humana llegaron á descubrir por sí solas este divino atributo, puesto que donde quiera le veian figurar. Sin embargo, el hombre borró esta imagen de su corazon, y no tardó en desaparecer de su entendimiento. Un mundo entregado en su mayor parte á la idolatría con todas las abominaciones de su culto era una prueba de esta verdad: necesitaba Dios restablecer en la tierra el conocimiento de su santidad infinita, y restablecerle por medios tan eficaces, que produjesen por sí lo que ya no alcanzaba la razon, miserablemente hundida en las tinieblas, ni presentia el corazon de la humanidad, sumergida en el fango de los vicios y verdaderamente muerta. Hablaban las Sagradas Letras; pero no eran escuchadas: habian hablado los Profetas; pero fueron perseguidos; era necesario que hablase Dios con un lenguaje que fuese perfectamente escuchado, universalmente comprendido y capaz de contener á toda la humanidad en su carrera de perdicion. Habló Dios en efecto: ¿y cuál fué su lenguaje? el espectáculo divinamente significativo y perdu-

ramente célebre de la Pasión y muerte de su Hijo Unigénito para pagar la deuda de la culpa.

“No perdonó á su propio Hijo, nos dice, ponderando la severidad de este castigo, para estimular nuestra confianza, el apóstol de las gentes: *Proprio Filio suo non pepercit; sed pro nobis omnibus tradidit illum.*¹ Deteneos aquí, católicos: poned en estas palabras toda vuestra atención: meditadlas con la mas esmerada solicitud: no perdáis nada de ellas: contemplad la suprema energía del pensamiento que enuncian: “No perdonó á su propio Hijo.” ¡Qué cosa es el perdón? Ya lo sabéis: un acto de la misericordia para no castigar al delincuente. ¡Cuál es la garantía mas grande con que cuenta el hombre para ser perdonado? La generosidad del amor. ¡Quién en la tierra se muestra como el tipo de este sentimiento, ejercitándole sin cansancio y aun sin esfuerzo? El padre. ¡Y podrá nunca el mas tierno, virtuoso y perfecto de todos los padres de la tierra, no digo exceder ó igualar, pero ni aun compararse siquiera con nuestro Padre que está en los cielos? ¡Ah! todo lo que hai de mas íntimo en las relaciones, de mas estrecho en los vínculos, de mas delicado en el carácter, de mas tierno en los sentimientos, de mas intenso en los afectos, de mas encendido y puro en el amor, se pierde como una imperceptible gota en aquella ternura inmensa, en aquel oceano de caridad. Y si esto decimos y podemos decir, considerando á Dios en sus relaciones con el hombre; ¡qué dirémos considerando al Eterno Padre en sus relaciones con su Eterno y Unigénito Hijo? Nada, no, absolutamente nada: porque no es para el decir de la humana lengua, ni para el pensar del humano entendimiento aquel amor infinito, eterno, inmenso, aquella ternura única, incomparable y aun inconcebible del Padre celestial.

¡Y qué os diré de este Hijo? El Eterno le pone á su derecha, convierte á sus enemigos todos en escabel de sus piés: es el sacerdote de la eternidad figurado en el gran Melquisedec: engendrado ántes de la aurora, preside sin tiempo á todos los tiempos: por la virtud de su palabra nacieron los mundos, y tomarán de nuevo al caos cuando lo mande: es el Cristo de Dios revestido de nuestra humanidad, pero siempre divino: es el esplendor de la gloria del Padre: luz de luz, Dios de Dios, como le aclama al símbolo de Nicéa: es aquel sobre quien desciende y posa el Espíritu increado, á tiempo que la voz del Padre le anuncia desde los cielos como á su Hijo Unigénito en quien tiene todas sus complacencias: es aquel que, subiendo al Tabor, se trasfiguró á la faz de sus discípulos, apare-

¹ Rom. cap. VIII, v. 32.

ciendo entre Moysés y Elías con un vestido de gloria, y cuya generacion eterna vuelve á proclamar el Padre, para darle á conocer como el objeto de su amor, y consagrar la infalibilidad de su palabra y la autoridad de su ministerio, diciendo en voz de trueno. “Este es mi Hijo mui amado, en quien tengo cifradas todas mis complacencias;” escuchadle: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui: ipsum audite.*¹ Hijo verdadero, *Filius*: Hijo único, *Hic est Filius meus*: Hijo predilecto, *dilectus*; amado sobre todo amor, *in quo mihi benè complacui.* ¡Tal es el escogido por su mismo Padre para ser entregado á la muerte!

¡Cómo pues, me diréis, conciliar estos caracteres de perfeccion infinita de tal Padre y de tal Hijo con el castigo terrible que éste sufre por disposicion de aquel, y un tal exceso de ternura con tal extremo de severidad? Si un padre de la tierra es dominado siempre mas de la misericordia y dulzura que de la justicia y rigor para con sus propios hijos, aun cuando son delincuentes, ¿cómo entender esto de que el Padre celestial no quiso perdonar á su Unigénito? Es preciso, pues, ir mas adelante, y buscar en la historia de esta paternidad y filiacion eternas, con el delito del Hijo, el por qué del inflexible rigor con que le trata su Padre. Pero ¡qué digo! ¿Hijo de Dios y delito? ¿santidad por esencia y delito? ¿inocencia esencialísima y delito? No, católicos: ni aun en clase de meditacion y estudio pueden juntarse unas cosas tan opuestas. ¡Qué decir pues de este Hijo amado, para considerarle como una víctima que á su justicia inmola su propio Padre? Solo este Hijo tiene cabal y perfecta idea del sentimiento que aquí se busca; y por lo mismo el apóstol San Pablo no halló para el intento cosa mas adecuada que proponer á la consideracion de los fieles, sino el que procurasen aproximar su corazón al de Jesucristo en esta clase de sentimiento: “Sentid, les decia á los filipenses, sentid vosotros como sintió Jesucristo.”² ¿Cómo sintió Jesucristo, católicos? Sintió el pecado como podia sentirle la santidad por esencia; sintió en sí mismo el dolor que castigaba el pecado, y juntamente su inocencia divina; se vió cubierto de la humanidad y gravado con todos los oprobios y aflixiones en ella, con la luz eterna de su propia sustancia. Si pues Cristo padeció, no fué como culpable, pues ni lo era ni podia serlo, siendo como era verdadero Dios, y juzgándose igual á Dios no por usurpacion, como lo advierte San Pablo: padeció por todos los hombres, por nuestras culpas y pecados. Hé aquí por qué el mismo apóstol, despues de decir que el Padre no perdonó á su propio Hijo,

¹ Luc. cap. IX, v. 35.— ² Phillip, cap. II, v. 5.

añade: que por todos nosotros le entregó á la muerte: *sed pro nobis omnibus tradidit illum.*¹

Ved, pues, católicos, quién es este Padre que castiga, quién es este Hijo castigado por su Padre, y cuál fué la causa de tan acerba Pasión ó ignominiosa muerte. ¿Qué consecuencias infeririais de aquí, si solo contaseis con la luz de la razón? ¿Qué diriais de la ejecución de este decreto de castigo verificada por la justicia del Padre contra un Hijo único, predilecto, infinitamente amado y del todo inocente; de un Hijo que acrisola todavía mas su caridad con su designio de padecer por los hombres; de un Hijo cuyo único delito ha consistido en la generosidad de su amor! Que este crucificado es un escándalo, ó es una locura: os escandalizariais con el celo hipócrita de los judíos, ú os reiriais con la insolente ligereza de los gentiles, como de la mayor extravagancia: *judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.* Pero, si esto podia explicarse cuando acababa de pasar la muerte de Jesucristo, ¿seria concebible hoy que su Cruz ha recorrido, con la majestad del triunfo, la vasta extensión del Universo? ¿seria tolerable semejante pensar y un tal decir hoy que la historia ostenta en tantos genios esclarecidos, talentos colosales y sabios eminentes, el reflejo de aquella luz que despedía el Apóstol con estas palabras de altísimo sentido: "Yo no quiero saber otra cosa que á Jesucristo crucificado?"² No, católicos: aquel oráculo: "Yo condenaré la sabiduría del sabio y reprobaré la prudencia del prudente,"³ se ha cumplido ya: y entre el ateísmo, que representa el caos, y la Cruz, donde se muestra en su zenit el Sol de la verdad, no encuentra la crítica sino ruines figuras, caprichosos y fugitivos meteoros en el teatro de los errores. Todo ó nada; ateísmo ó Cruz: hé aquí la última sinópsis de la controversia religiosa, moral y social. No siendo ya, pues, tiempo de escandalizarse con el juicio ni de reirse como el gentil, preciso es venerar el misterio y buscar en su espíritu la explicación de esa severidad con que la justicia del Padre sacrifica en la Cruz la inocencia del Hijo. Pedid para ello, católicos, sus luces á la fe, y aplicándolas á este misterio, veréis resplandecer en él toda la santidad de un Dios.

Si examináis atentamente la odiosísima historia del pecado, para buscar aquellos puntos que mas dominan en tan deplorable ciencia, todo lo podréis resumir exactamente en tres palabras. Este desorden inmenso causado en toda la humanidad por la culpa, este ultraje infinito á la santidad de Dios, que rompió su antigua alianza con los hombres, empezó por la soberbia, medió por el placer de los

¹ Rom. cap. VIII, v. 32.—² I Cor. cap. II, v. 2.—³ Is. cap. XXIX, v. 14.

sentidos, y acabó en la muerte del alma. Comenzó el hombre por querer encumbrar hasta el rango de un Dios, y esta fué la soberbia: continuó con regalar su paladar con una fruta que provocaba la vista y alhagaba el gusto, y acabó por escuchar aquella sentencia de muerte, digno castigo de su horrible prevaricación. Debíase, pues, á la santidad infinita de un Dios una triple reparación de estos tres estragos, y una reparación igual en todo á la ruina; conviene á saber: un vasallaje correspondiente á la insurrección del hombre, para espiar el crimen de la soberbia; un sacrificio que, castigando todos los desórdenes de los sentidos, restableciese en la tierra el primitivo imperio del espíritu sobre la carne; y por último, á sus derechos como Criador, la restitución de su obra maestra, sin obstáculo ninguno, para que pudiese gozarla por toda lo eternidad. ¿Cómo conseguir estas tres cosas! Con un acto de humildad tan valioso para la restitución como lo habia sido para la ofensa el de la soberbia; hé aquí lo primero: con una penitencia corporal superior en intensidad á la de todos los hombres juntos, y de un mérito infinito; hé aquí lo segundo: con una muerte temporal de valía tan inmensa, que bastase á destruir la muerte eterna; hé aquí lo tercero.

Ved ahora, católicos, con qué maravillosa exactitud pagó Jesucristo esta triple deuda. ¿Cuál es, decidme, aquel acto suyo que reparó dignamente la insubordinación del primer hombre? El misterio admirable de su Encarnación. Adán pecó seducido por una voz que le ofrecía elevarle hasta el rango de la Divinidad: he aquí el delito de un hombre que quiere hacerse Dios para vivir á su gusto. ¿Qué se necesita para reparar este ultraje? Que un Dios se haga hombre, solo para padecer. ¿Y será esto posible? ¿Dios mio! ántes de saber vuestros designios, ántes de leer vuestras promesas, mi pobre razón jamas habria columbrado tal remedio; y si por un milagro hubiese podido suponerle, habria desechado tal idea como la mas extravagante locura: pero vos le dispusisteis, vos le anunciasteis, vos le condujisteis hasta su última consumación; y allí, donde mi entendimiento desesperara del remedio, vuestra fe le aparece, derramando desde el fondo de sus tinieblas una luz de sabiduría que forma la esperanza ó instituye la caridad. Sí, católicos, un Dios se hace hombre, y haciéndose hombre, se anonada, dice el apóstol, tomando la forma de esclavo: *semetipsum exinanivit formam servi accipiens.*¹ he aquí el primer paso á la grande obra; la humillación infinita de un Dios, que destruye el desorden de la soberbia del hombre. ¿Y para qué tomó la humanidad? ¿solo para engran-

¹ Philip. cap. II, v. 7.

decerla? No: su inmediato y principal objeto fué cubrirla de ignominia, someterla sin límites al dolor, entregarla á la muerte. De hecho, esta Humanidad santa de un Dios se presenta en el mundo como el desecho del mundo: nace entre las pajas de un pesebre, habita la casa de un pobre artesano, no quiere llamar la atencion de nadie, se entrega á la penitencia, resiste la tentacion, oye la calumnia, es objeto del odio, atrae el desprecio, soporta el baldon, lleva una señal de ignominia, sufre agonías de muerte, es arrastrada con crueldad á la presencia de sacerdotes hipócritas, de envidiosos príncipes y magistrados inicuos, atraviesa por un camino de espinas y de sangre, sube á un patíbulo, espira en una Cruz.

El primer hombre codició los regalos espléndidos de la naturaleza; el Hijo de Dios tiene apénas con que vestirse, padece hambre y sed. El pecado trajo consigo al mundo el reinado de todas las pasiones y sepultó á la humanidad en el abismo de todos los vicios; Jesus, á fin de resucitar este inmenso cadáver, sentido por sentido y parte por parte, porque todo él está gangrenado y muerto, recibirá en su cabeza bendita una corona de espinas ignominiosa y cruel, para pagar la deuda de tantos pensamientos sensuales, tantos desig-nios soberbios, tantos planes ambiciosos y tantos proyectos inicuos; será puesto en espectáculo de burla con un cetro de caña y un retazo de púrpura, para castigar los desórdenes de la ambicion y el refinamiento del lujo; será escupido y abofeteado, para indemnizar á la justicia divina del ultraje de aquel rostro que se levantó contra el cielo, como para disputar la soberanía de Dios; será atado á una columna, y recibirá de mano de sus verdugos crueles azotes, que desgarran su benditísimo cuerpo, á fin de pagar á la santidad infinita de Dios con tan vergonzoso y horrible tormento el agravio de la concupiscencia en su asquerosísima é inmensa fecundidad; clavaránse sus piés en una cruz, para contener á la humanidad en su carrera de perdicion, reincorporarla de nuevo en los caminos de la justicia y pagar con una pena, la mas dolorosa, las obras de iniquidad de todos los hombres.

Así es, católicos, como Jesus pagó la deuda de la soberbia con anonadarse hasta los extremos que habéis visto, los desórdenes del espíritu, con sufrir inconcebibles penas en su purísima alma, y los estragos de todas las pasiones y vicios, con entregar su cuerpo á los mas horribles tormentos. Pero no se contiene aquí: aun le falta poner término y consumacion á su grande obra, aun le falta que descargue un golpe de muerte sobre la muerte eterna, restaurar cumplidamente la imagen de Dios en el hombre, volverle á la gracia y abrirle paso para la gloria. Hé aquí por qué, no solo padece, sino

muere tambien: muere en medio de los mas terribles dolores, hecho un mar de amargura, convertido en el hombre del oprobio y la ignominia, maldito y burlado en su misma agonía, y exhalando entre dos delincuentes ajusticiados el último suspiro. ¡Tal es, católicos, y tan admirable y santo este misterio, considerado en su ejecucion, en los medios con que Dios le condujo á su plenitud! Ved cómo brilla su santidad infinita en esta carrera de dolores, y cuán alto habla, para dar á conocer y hacer detestar el pecado, ese Hijo divino á quien conduce con terrible severidad por una carrera de tormentos inauditos á una muerte ignominiosa. ¡Quién despues de esto hallaria excusas en las santas oscuridades de este dogma, no ya para dejar de creerle, sino aun para no detenerse, arrobado de asombro, ante la divina sabiduría del pensamiento que le concibe y la santidad infinita del poder que le ejecuta?

¡Cuál será, pues, hermanos míos, esta santidad infinita del Señor? ¡cuán delicada, cuán inviolable, cuán celosa, cuán severa, cuando el solo tener su mismo Unigénito en la santa Humanidad con que se reviste, las sombras y apariencias del pecado, basta para que se le deseche y repela como un objeto anatematizado por el mismo Dios? ¡Qué será, vuelvo á decir, esta santidad de Dios, pues lo mismo fué para Cristo el ofrecerse por nosotros, que aparecer maldito á los ojos de su Padre, como lo pondera San Pablo? ¡Cuál será el ultraje que recibe Su Majestad con el pecado, si el haber tomado á su cargo el Divino Salvador satisfacer á la justicia divina por esta gravísima ofensa, léjos de mitigar el castigo con la dignidad infinita del responsable, con el hecho de ser el objeto de las complacencias eternas como el Unigénito del Padre, le aumentó hasta un extremo tal, que pudiendo redimir con solo un suspiro millares de mundos, fué condenado á padecer los mas horribles tormentos en su alma y en su cuerpo, como lo muestra la historia dolorosísima de su Pasión? ¡Cuánto pesará, pues, el pecado en la fidelísima balanza de la justicia divina? ¡Ah! si esto no os da una idea perfecta, ni os produce un sentimiento profundo, el mayor que cabe en la naturaleza humana, de lo que es la santidad de Dios, de su horror infinito al pecado, y del tamaño de la ofensa que con éste recibió Su Majestad Santísima, no encuentro ciertamente, ni en la naturaleza visible, ni en los esfuerzos de la razon, ni en las mismas páginas de los Sagrados Libros cosa alguna capaz de ilustraros y conmoveros.

Pero no nos detengamos aquí: si la Pasión y muerte de Jesucristo nos hace admirar la sabiduría de un Dios en su pensamiento, y

1 Galat. Cap. III, v. 13. Deut. Cap. XXI, v. 23.

la santidad de un Dios en sus medios de ejecución; demos un paso más, y admiraremos igualmente el amor infinito de un Dios en la prodigiosa fecundidad de sus efectos.

TERCERA PARTE.

Hablar detenidamente, católicos, de los efectos de la Pasion y muerte de Jesucristo, es incorporarse de lleno en la sabiduría, el poder y el amor infinito de todo un Dios; es recordar los maravillosos portentos de la regeneración del hombre, mayores incomparablemente que los de su misma creación, como lo cantaba el Poeta-Rei. Esta Pasion y muerte ocupaba desde la eternidad á todo un Dios, mantuvo arrobadas en su presencia todas las potestades angélicas; hacia palpar por el deseo de su feliz llegada, durante el curso de cuarenta siglos, el corazón de todos los justos; dió su plenitud y magnífica ratificación á todos los oráculos de la verdad, restableció la alianza entre Dios y los hombres; regeneró á la humanidad entera, cambiando la faz del mundo; derribó el poder de las tinieblas, cargándole de prisiones en los abismos, humillándole á cada paso en la tierra, y haciendo desaparecer sus obras, representadas en la idolatría cuyos sacrilegos templos fueron anonadados, y en el error judaico cuyo castigo se ha perpetuado como un monumento superior al poder de los siglos. Las pasiones feroces, encadenadas por la masedumbre; la vanidad mundana, humillada con la santa pobreza y su blime abnegación; el sensualismo asqueroso y torpe, aniquilado con la severidad augusta de la penitencia: hé aquí los gloriosísimos trofeos de Jesucristo muriendo por los hombres. Esa Cruz, á cuya presencia retrocede con el ademán del escándalo la hipocresía judaica, será el principio, el medio y la corona magnífica de la santidad: ese Hombre de dolores, clavado en ella para redimir al mundo, sobre quien lanzó una burlona y despreciativa mirada la vanidosa jactancia del gentil, será el verdadero sol de la inteligencia, el esplendor del talento, la riqueza de la sabiduría y la gloria del genio: ese madero, centro comun de todas las ignominias, cuya infamia no halló una expresión para darse á conocer en la lengua del orador romano, será de hoy mas el trono de la majestad, el centro del poder, el carácter de la grandeza y la aureola de la gloria: todo se reunirá en torno suyo, sometido al irresistible poder de esta palabra profética, que se escapa de los labios de la víctima poco

antes de su Pasion: "Cuando yo haya sido levantado de la tierra, todo lo he de atraer á mí mismo." *Et ego, si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum.*¹

Seria imposible ciertamente dar cabo feliz á la taréa de ostentar en su inmensa latitud los magníficos, he dicho poco, los omnipotentes y divinos efectos de la Pasion y muerte de Jesucristo. Hemos visto restaurada la verdad con este sacrificio, y manifiesta la sabiduría de un Dios en su plan de salvación para el mundo; hemos visto admirablemente reparada la mancha que nuestros pecados arrojaran hácia la santidad de Dios, con una expiación universal é infinita, y restablecida su imágen en la tierra con la renovación cristiana del hombre: veamos ahora una parte siquiera del inmenso cuadro, considerándole bajo el aspecto de los beneficios que ha traído á la humanidad la Pasion y muerte de Jesucristo.

Si yo pretendiese, católicos, para metodizar mi exposición, reducir á una fórmula breve los beneficios que debe la humanidad al Sacrificio del Salvador, os diría que esta Pasion y muerte hizo caer de nuestra cerviz el hereditario yugo de la primera culpa, despedazando todas las cadenas con que nos aprisionaba el pecado, sancionó un decreto de libertad para todos los hombres, crió la esperanza, afirmó la virtud, instituyó la santidad, hizo reinan el amor y abrió par en par á todos los hombres las puertas de los cielos.

He dicho en primer lugar que Jesucristo Señor nuestro, con su acerbísima Pasion é ignominiosa muerte, nos libertó del pecado á impulsos de su amor hácia nosotros, quedando así borrado de la humanidad este antiguo sello de su ignominia. Ved cómo explican este maravilloso efecto de aquel sacrificio los primeros evangelizadores del mundo: "Nos amó, dice San Juan en su Apocalipsis, y nos lavó de nuestros pecados en su sangre."² "Os hizo vivir consigo," decía el apóstol San Pablo, á los Colosenses, perdonándonos todos "vuestros delitos, borrando la escritura del decreto que estaba contra nosotros, y la quitó de en medio clavándola en la cruz."³ ¿Cómo encarecer debidamente, católicos, el tamaño de este beneficio? ¿Dónde hallar guarismo para expresar el valor de esta riqueza? ¡El hombre libre del pecado! ¡el hombre renovado en la Sangre de Cristo! ¡el hombre revestido de una pureza mayor todavía que la de Adán, por el valor que recibe del que la restauró en su corazón! ¡el enemigo de Dios hecho de nuevo amigo suyo! ¡el maldito del Paraíso encaminado al cielo! ¡el sentenciado á muerte restituído á la vida! ¡el pestilente abismo de corrupción y de miseria transformado

¹ Joann. cap. XII, v. 32.—² Apoc. cap. I, v. 5.—³ Coloss. cap. II, vv. 14, 15.